

Literatura contemporánea.

RIMAS

56

A la puesta del sol vi la corona
de siemprevivas, que colgué con manos
temblorosas, del leño que eslabona
tu tierra con tu cielo como hermanos.

Era como un estrobo en su tolete;
la tierra sobre el cielo la barquilla
en espera del remo que arremete
a las aguas que duermen en la orilla.

Y sentí en mis entrañas tu llamada:
«¡canta al amor, razón del Universo,
canta al amor que lo demás es nada
y dame vida eterna con tu verso!»

Hacer surcar al mundo la infinita
sábana del amor, que se despliega
entre dos cielos, tras la última cita
del reposo final que nunca llega.

Al compás de los remos sobre el agua
cantar el evangelio claro y fuerte
del amor, y cantando así la fragua
de la vida, cantando ir a la muerte.

82

Me acuerdo del dechado de tu abuela,
de abecedario gótico de trazo,
bordado en el pajizo cañamazo
de sus días lijeros de la escuela.

Desprendíase de él como una estela
espiritual, el nimbo del abrazo
que ciñó al bastidor, y del regazo
que llevara a tu madre. El tiempo vela.

Vela y no vuela. Así la mariposa
más grande que la casa por contraste,
que allí junto a la pobre casa posa:
venciendo de los años el desgaste:
«lo hizo Teresa Sanz de Carrizosa».
El tuyo, tú su nieta, en mi bordaste.

87

Oh! en aquellos ratos cálidos
a punto de desmayar
casi cadáveres... pálidos...
calina sobre la mar...
los corazones inválidos.

Temblábamos en la reja;
del paraíso en la jaula;
nuestro silencio era queja:
era del amor el aula;
era la lección más vieja...

Nos hemos hartado de hambre
y morimos del hartazgo;
se nos seca la raigambre:
que en esta España el noviazgo
da en los tuétanos calambre.

En los oídos me zumba
de aquellos ratos la fiebre,
y esperando a que sucumba
cuando el repuesto me quiebre
tú me aguardas en la tumba.

Lloverá sobre la tierra
que confunda nuestros huesos,
lo que nuestra carne cierra;
serán de lluvia los besos:
solo el que muere no yerra.

(Historia de la Orden de San Jerónimo de Fray José de Sigüenza.)
(Parte 2.^a, lib. IV, cap. XXVII.)

Fray Bernardino de Aguilar, profeso
en la Murta Jerónima,
al regazo del claustro pasó, preso
de amor, cantando en paz su vida anónima.

Al borde del afán de Barcelona
vivió Fray Bernardino,
y el Espíritu Santo fué en persona
quien le trazó con música el camino.

Al punto de morir, el manicordio
recorrió con sus manos,
y del cántico eterno el dulce exordio
cantó, mientras lloraban sus hermanos.

*Quomodo cantabimus canticum Domini
in terra aliena;*

y así Fray Bernardino de Aguilar
en su pecho sufriendo dulce pena
pasó de este cantar a otro cantar.

Tú fuiste en vida mi encantado claustro,
me aguardas en la huesa
y ahora, hoja seca que arrebató el austro
me estoy muriendo cantando, «Teresa».

Del libro TERESA, rimas de un poeta desconocido, presentadas y presentado por MIGUEL DE UNAMUNO.
